

V  
861. 42  
0  
II

POESIA URUGUAYA.

EMILIO ORIBE

lavr  
21-21

41

# El Nardo del Ánfora

POESÍA



2.<sup>a</sup> EDICIÓN, SELECCIONADA

AGENCIA GENERAL DE LIBRERIA Y PUBLICACIONES  
MONTEVIDEO

1926

POESÍA DE EMILIO ORIBE

---

- EL NARDO DEL ÁNFORA (2.<sup>a</sup> Edición revisada) 1926.  
EL CASTILLO INTERIOR (2.<sup>a</sup> Edición revisada) 1926.  
EL HALCONERO ASTRAL Y OTROS CANTOS (2.<sup>a</sup> Ed. revisada) 1925  
EL NUNCA USADO MAR (1.<sup>a</sup> Edición) 1922.  
LA COLINA DEL PÁJARO ROJO (1.<sup>a</sup> Edición) 1925.



*A tener yo que explicarme ante alguien, diría en primer término, que la forma de estos poemas fué sometida a muchas correcciones desde la época que, en edición limitadísima se publicaron en Montevideo.*

*En ellos había una aspiración predominante de perfección y alarde en la forma, y en aquellos días la emoción lírica en mí era suntuosa por sí e independiente de la escuela que estuviese en boga, pues nunca quise perderme en argumentos de liviandad, como dijo el salmantino.*

*Respetando las características iniciales, he continuado una labor de pulimento, exclusión y adorno hasta llegar a las actuales variantes.*

*EL NARDO DEL ÁNFORA, aspira a ser una síntesis, y creo que no han perdido los versos en exactitud ni en frescura, al presentarlos ahora apoyados en soportes menos imperfectos.*

*El primer ÉLAN, pues, continúa aquí, con todo lo que podía traer entonces. Entiéndase bien; con todo lo que se encontraba allí como revelación interior, de ingenuidad, impureza o bien, resonancias.*

*He aclarado, con la mano, la superficie de las aguas para ver las doradas piedras del fondo, si es que están aún y el río no fué con ellas.*

11377

¿Por qué, EL NARDO DEL ÁNFORA?

*En la casa de Simón el Leproso, celebrábase la última fiesta a la cual asistió Cristo. Fué allí donde la mujer de exaltación devota derramó el vaso de unguentos perfumados a los pies de Jesús. Los vasos hebreos estaban forjados de tal suerte que siempre el licor se expandía de ellos gota a gota; el artificio se hizo así para que duraran lo más posible las finas esencias.*

*Pero la ardiente mujer rompió el largo cuello del ánfora de nardo espique. Sólo de ese modo el homenaje sería digno del huésped que era Dios.*

*Alma de devociones sinceras, la mía, ha dado también la generosa libertad a la poesía de los primeros años mozos. Así, explícanse este NARDO DEL ÁNFORA y EL CASTILLO INTERIOR y EL HALCONERO ASTRAL y OTROS CANTOS y EL NUNCA USADO MAR, en el goce de las sublimes creencias, cuando pude imaginarme capaz de ir a desafiar en sus oscuros antros al dragón insaciable—ah, inerme—también yo— como el ADONÁIS del canto divino de Shelley.*

1926



I

## LAS LETANÍAS EXTRAÑAS

( REMANSOS EN LA SOLEDAD )



Con grandes amatistas las ovaes glicinas,  
hicieron una gruta del sendero olvidado.  
Aquí y allá, la tarde vió pompas de neblinas  
flotar en la esmeralda de silencios del prado.

La brisa de las últimas tristezas vespertinas  
bajó del cielo azul hasta el manso ganado.  
Era el lento suspiro de las pardas colinas,  
volviendo de la estrella como un ángel dorado.

El *Angelus* celeste vertió toda su ofrenda  
sobre las vaguedades rubias de nuestra senda.  
— Oh, Soledad! — Dios quiera que nada te destruya! —

murmuraron tus labios con una voz ardiente,  
y el alma del silencio bajó piadosamente  
como buscando el límpido remanso de la tuya.



La tarde ya se esfuma.

La última armonía  
de un lampo de luz roja quedó en el cielo escrita.  
Con un hilo de penas humildes y sencillas  
enhebro, en mi silencio, el collar de las rimas.  
Todo se entrega en una placidez de agua fluida.  
El cielo se oscurece y el jardín, como el día,  
son, entre la penumbra, vaguedades perdidas.

Diafanidad en fuga — grises alegorías —  
van, y la pesadumbre de mi jardín habitan.  
Se acentúan los planos; la soledad trasmina  
su fragancia en los árboles, donde sombras magníficas  
velan e integran todo. —

Y, en la dulzura límpida  
del sendero con rosas, mi ánima en sí misma  
se repliega, a escucharse, a media voz vencida. —

Soledad. Vino sacro. O más aún: poesía;  
qué te extiendes en toda la quietud infinita  
del jardín alfombrado de hojas amarillas.  
Tú, que sin vernos, reinas metálica en las cimas  
de la carne y del alma.

Que tu ternura diga  
cuán honda es la tristeza que en los tiempos germina  
y dora de astros muertos la cuesta de mi vida.

Oh soledad. Celeste vino. Y más: poesía.  
Si hay una pitagórica música en las marchitas  
hojas que están cayendo de los árboles, dímela.

Dormita en las acacias un gran éxtasis blanco,  
que eleva su infinita ternura hacia el espacio,  
como un brasero, cárdeno... La brisa entre los álamos,  
finos husos de sedas, retorna, con los pájaros.  
Trae un temblor de rosas y de jazmines castos,  
y se arroban leyendas de boscajes lejanos,  
flotantes en los ritmos de un transparente cántico.

Se sonrojan las fuentes al beso del ocaso  
que entreabre sus alas de púrpura en el campo,  
y el alma de las tardes avanza derramando  
una celeste hipóbole de ensueños esfumados  
en medio de fastuoso ceremonial pagano,  
en tanto que con ritmos dolientes y nostálgicos  
prosigue sus sollozos el transparente cántico...

Ha caído la tarde.

En esmeralda tálamo  
exaltaron sus nupcias la pradera y el lago  
bajo una advocación de besos de topacios...  
Todo es paz: religiosa virtud la de los llanos.  
Y así un nimbo de eterna poesía y quebranto,  
con su vibrar de encantamiento irrevelado  
prosigue la armonía del transparente cántico...

El corazón, lejano de ti, busca sus islas  
de pausas y silencios y en lágrimas se agita.  
Ya mis fuerzas no pueden impedir que la vida  
se esfume por un hilo lunar de poesía...  
Más que en mí vivo en ti, y en tu gracia divina,  
y en todos los remansos de tu vida,  
oh, rosa mística!

En mi alma las brumas y las sombras anidan.  
¿Recuerdas los jazmines de los secretos días,  
las tardes de coloquio, las graciosas colinas,  
de tu huerto? murmura mi fiebre.

Se desliza,  
como flor entre espumas de recuerdo tu íntima  
adolescencia, y toda mi pena, a solas, vibra:  
oh, rosa mística...

Se ha quedado mi espíritu suspenso en tus pupilas.  
Vuelve el agotamiento, de una tristeza antigua,  
ave gris, a mis sienas.

En esta tarde fría  
¿por qué no estás conmigo, mi compañera lírica,  
con eso te reclinas *como un gajo de mirra*  
en mi pecho, entre tanto te solloza mi vida.  
Rosa mística.

Rosa mística.

Rosa mística?...

*Dans le vieux parc solitaire et glacé...*

VERLAINE

Hay un dulzor de sombras, con sollozos lejanos  
en nuestras almas.

Nieblas tiene el parque. Sentados  
detrás de la vidriera de nuestro antiguo cuarto,  
miramos los jardines húmedos en el campo.  
¿Recuerdas, Amor mío, el coloquio extasiado  
de Verlaine? Es el mismo jardín, el mismo encanto  
subjetivo, el que ahora, desde aquí contemplamos.

Finos presentimientos se esfuman en los lampos  
grisáceos de las nieblas errantes.

El ocaso  
tiende sus alas grises, como el nocturno manto  
de las perplejidades sobre el jardín romántico.  
— Mira! — Es el mismo, el mismo sosiego involuntario  
del parque viejo y frío... —

— ¿No ven tus ojos pardos  
dos sombras que pasean y evocan el pasado?

— Apóyate en mis brazos y mira. — En los lejanos  
confines ya difusos de sombras, bajo un árbol  
se esfuma la pareja de ensueño.

¿Qué milagro  
de hiperestesia hizo que hacia nuestro lado,  
volvieran los amantes?

¿Por qué tus blancas manos  
se estremecen y huyen y tú tiembles de espanto?  
¿Por qué sin presentirlo ni quererlo, lloramos?

El dolor, agobiante, como ajustada mitra.  
con calados de oros, luces y pedrerías  
oprime mi cabeza.

Siento que se entroniza  
en mis sienes, el peso de una violencia rígida,  
que corre por mis venas el frío de las simas,  
y que, a densos impulsos un gran dolor gravita,  
puntual como un péndulo sobre mi fantasía.

Navío entre las nubes, huye la tarde lívida...  
El viento del otoño, sobre los sauces vibra  
su angustia y nos decimos:

Todo es penumbra...

— Abisma

el pensar en lo pronto que concluye la vida!... —  
Y la noche, en latidos de inquietud se eterniza  
en mi espíritu, mientras la soledad me inclina  
y grave, como un monje, me hincó de rodillas...

Mas viene tu pureza, flor que se abre entre enigmas.  
Siento tu corazón, que en la quietud perfila  
su contorno de sangre y penetra en mi vida.  
Me invades con tus cálidas presencias, oh poesía.  
— Sobre los mundos muertos Helios alza su lira.

Ya el amor me estremece como una hermosa mitra  
que, enjoyada de estrellas, cae en las sienes mías.

En la noche, tu alma, bajo un temblor de mantos intangibles, recoge sus alas y a mi lado se aduerme, en plenitud de éxtasis.

Un abrazo inmaterial conmueve mis fibras, y un arcano fragante se abre entonces a nuestros pies. Lloramos en silencio, y sentimos, presencias de los astros sonoros en la música que brota de los labios.

— La frente de la noche guarda aún los dorados números que Pitágoras grabó allí al son de cánticos... Para verlos, tu alma, como flor de milagro se inclina hacia mi alma, con sus pétalos blancos de castidad, y ofrece el divino contacto de su luz.

Recogiéndote toda en sus espacios un espejo es mi espíritu.

Y así, así, en un vasto temblor, — coros y músicas — en un inmenso abrazo toda tu flor de alma hacia mi vida atraigo—.

En la noche tu alma, se acerca. Es un regazo para mis hondas fiebres, cuando baja a los áridos senderos de mi huerto...

Mueren las horas. Cuando te retiras en cálices de jazmines y nardos, todo es quietud y miedo, todo es duda y letargo...

Cuando se va, tu alma lleva aromas de sándalos... Si retorna tu alma, trae un temblor de llantos.

Me circunda el recuerdo, como la niebla opaca de las grises sonatas del Invierno.

Se tiñe de brumas el ambiente, en tanto que en el alma, resuenan a lo lejos los extraños maitines de las meditaciones.

Y se escucha que cantan las enfermas novicias del deseo, y exprimen arcaicos misticismos bajo las tocas diáfanas.

Salgo de mi retiro hacia un huerto de acacias, junto al mar.

El tramonto se cuaja de alhelies, y es un jardín colgante sobre la tarde clara. Allí florece el nardo de la carne y sonríen adelfas de la orgía, o las suntuosas dalhias, se enredan con las rosas, y entre azaleas tristes, como lotho fantástico, florece la esperanza...

Siento sutilizarse a través de mis lágrimas, entonces, pensamientos que el cerebro concibe. Y mis penas, por besos de estupor agobiadas, sobre las soledades de la vida se extinguen, igual que esos navíos de los puertos del Asia, que llegan perfumados de remotos países a morir en silencio sobre las quietas aguas.

Fluye la Primavera... Las verdes lejanías  
y el jardín se engalanan de pompas.

De las cimas

aéreas, las eternas nieves se precipitan  
en corrientes y saltos de pedrerías líquidas...

— ¿Te gusta el sol que hay? —

— Ven conmigo, Alma mía

y saldremos al campo, que el cuerpo se fatiga  
del invierno, tan lleno de sombras y neblinas. —

El aire está de pompas azules. Imprecisas  
nubes van empañando la pizarra alquimista  
del cielo. Una riqueza de alma en mí se agita  
al verme cerca tuyo y tu existencia vibra  
en mis sienes.

Tú ríes, y cantas y respiras

a pleno amor, y toda tu alma, entre la mía  
como un lirio intocado lentamente se armiña...

Como dos varas ágiles de nardo, florecidas  
tus brazos en un ímpetu aleteante se agitan  
hacia el hogar lejano...

La ventana, encendida,

al crepúsculo llama desde el jardín. Se inclina  
pausadamente el sauce de los secretos...

Miran

nuestras almas, la lámpara del hogar y se abisman  
en deseo, y se aroman de llanto las pupilas...

Llegó a mí tu mirada... Tus pupilas volcaron,  
sus luces en mi frente.

Diste para mi canto

con la sapiencia órfica, vivos colores cálidos.

Tendiste, acariciante, la piedad de tus manos  
hacia mi frente niña...

Y mis ojos extáticos

vieron cómo el espíritu se poblaba de rastros:  
lenguas de llamas eran en él ángeles blancos...

Llegó a mí tu mirada... En mi interno santuario  
resonaron de nuevo los órganos sagrados.  
Revivieron los búcaros y los celestes vasos,  
con sus cargas de imágenes.

En el vetusto atrio

serenas como ideas, palomas anidaron,  
mientras que me embriagaban los perfumes intactos  
que en el aire extendieron los vivos incensarios —

Llegó a mí tu mirada... Floreció con el cántico  
ritual, la eucaristía de las almas. Rezamos  
de rodillas, con íntima plenitud, bajo el amplio  
aletear del misterio.

— ¿Comprendes que te amo?

con musical acento murmuraste a mi lado.  
Tu palabra evocaba velos y epitalamios  
y toda mi existencia era ascua en el milagro.

Por entre la penumbra grisácea de la niebla  
pasa una vaguedad tenaz que desorienta.  
Me obsede la campana en su nicho de piedra  
al sonar, por la tarde. Campana! Compañera  
ritual de los aldeanos... Riges las existencias  
primitivas e intactas de las firmes doncellas...  
Las que ofrecen la vida entre las bocas frescas.

Dan humo las casuchas del poblado. Regresa  
un labrador: — Amigo! — de tu ventana abierta,  
fuye la luz y sábase que un corazón espera. —  
Nos envuelve de sombras la tarde que se ausenta.  
Se oye una campanada. Detiéndense suspensas  
para escuchar, las almas. Ya oran las doncellas  
que aprisionan los tiempos entre sus bocas frescas.

Sentado entre las flores de una rústica huerta,  
deshojo, con los dedos un ramo de violetas...  
Vuelven aves y aves... Cae la noche. Resuena  
la campana. Sonora paloma mensajera  
del palomar de Dios! — Eres tú, la pureza  
musical, que nos traen todas las primaveras  
y eres el alma religiosa de las aldeas.

Hay pájaros que anotan tu música en la niebla  
con sus oscuros cuerpos, igual que grandes letras...

Se agitan mis pasiones, en las horas nocturnas,  
bajo la gruesa capa de las internas brumas.  
Todos los pesimismos vienen en las penumbras,  
entre el recogimiento agrio de mi cartuja,  
y el agua de mis fuentes pánicas, más se enturbia,  
estremece las olas de su corriente impura  
y salta de mi alma con un fragor que asusta!

El dolor de no verte, como una larga aguja  
atraviesa mi espíritu.

En las sonoras urnas  
de mi recuerdo vibra tu original dulzura  
perennemente intacta.

Reviven una a una  
tus blancas confianzas, y con las manos juntas,  
evoco el terciopelo de las caricias tuyas  
y estalla en mil diamantes mi vida taciturna.

Es más honda la noche con las amargas uvas  
del insomnio. Ve ejércitos mi ser de las angustias,  
de mundos que se forman, astros que se fecundan  
naciendo de un anónimo panorama de brumas.  
Siento una inexplicable gestación vagabunda,  
que recorre los pliegues de mi entraña y madura,  
y se extingue de pronto, y florece y se mustia...

La luna, en aclarado creciente de pureza,  
deshoja su breviario de plata en las praderas.  
Los álamos son música, en la llanura abierta,  
bajo la paz lunar.

Fragancias de azucenas  
se anuncian en la húmeda vaguedad de las sendas  
y en las aguas celestes, junto a su proa, alerta,  
boga Sirio, almirante gobernador de estrellas.

Ven a mi lado, entonces. Que tu dulzura sea  
de mi dolor alivio. Reclina tu cabeza  
en mi hombro. Perfuma con nardo mis tristezas  
y sándalo de besos...

Coloca una diadema  
seráfica en mi frente; y que tu alma extienda  
ungüentos, que en las llamas de mi dolor se enciendan:  
tus gestos de sibila hagan huir las tormentas.

Ven a mi lado, errante, y en la luz, que el poeta  
quiere sentirte suya, quiere sentirte buena  
para el dolor y hermana para la carne enferma.  
Ven, valiente en la luz.

Que cuando desfallezca  
yo en tus brazos, leeremos, con voz tenue, el poema  
por frágil nunca dicho, mientras la luna llena,  
decora el imantado seno de las mareas.

Buscando la belleza en la fuente Hipocrene,  
me puse a oír los astros, los orfeones celestes.  
Hice hallazgo en las horas cálidas de la fiebre,  
de diamantes, que en minas de dolor da la mente,  
y te ofrezco una joya de eternidad que tiene,  
fulgores del espíritu, penumbras de la muerte,  
ardores de la carne, frialdades de la nieve...

Para ti tengo himnos, salmos y misereres,  
luz de los sentimientos, inexpressable requiem.  
Himno el más portentoso de todas las murientes  
abadías.

Salmodia de tubo sompolente,  
de acústica orgullosa, fijado en las paredes  
inmensas de mi alma, que al sonar estremece  
de azul supraexistencia el dolor de mis sienas...

Para ti tengo oculto un vaso transparente  
e inmaculado como la concha de Cytheres,  
donde flotó la Venus...

Un vaso que sorprende  
por su límpido y mágico fulgor, y que contiene  
néctares de mis lágrimas anónimas y mieles  
de los tiempos aquellos...

Si eternizarte quieres  
lleva a tu boca el vaso y de rodillas, bebe.

*A Elena.*

Una mujer de niebla se reclinó en mi brazo  
ayer, entre las sombras indecisas del bosque.  
En un remanso de oro detuvimos el paso,  
y Ella acercó su boca hasta mi labio torpe.  
Y tras un gran silencio que era emoción y encanto,  
contemplé nuestros labios, húmedos de temblores,  
unidos en el frágil espejo del remanso.

Inconsútil y helada, se enjoyó de topacios  
los dedos, y un prestigio real trajo en su porte.  
La mujer incorpórea, con un gesto hierático,  
me llenó el corazón de imprecisos temores...  
Yo, entonces, recordé que la ví en el pasado  
mirarme, ha muchos siglos, en griegos horizontes  
o cerca de la Esfinge del desierto africano.

— ¿Dónde he visto tu bárbara beldad? — he preguntado. —  
Los dos hemos vivido juntos en los ardores  
de algún propicio y dócil gineceo de nardos. —  
— Tal vez Alejandría hizo adornar sus torres  
por nosotros... ¿Recuerdas?

— Oh, sí, mi dulce amado;  
— ¡Fuí Cleopatra; y tú fuiste quien naufragó en mi corte;  
dejando por mis besos todo el Imperio a Octavio. —

*A Cibeles, la Dea:*

Diosa: mi corazón se recoge en los pliegues  
de tus mantos y ávido de calor, se adormece...  
Mi corazón en música de lágrimas se pierde  
como un niño en la fiesta de tu alma y emprende  
una marcha armoniosa...

Tú, las manos extiendes,  
lo recoges, lo elevas y tus labios le ofreces.  
Y estrellas en los antros de tu alma se encienden.

Mi corazón en llanto, se interna en la corriente  
de tu sangre.

Recorré tu entrañas indemnes  
y regias como vivas nebulosas en germen;  
deja en tus labios, pomos de cálidos deleites,  
en tu frente empurpura antiguas palideces,  
llega a tu corazón, se hunde en él para siempre  
y se abren estrellas en tus venas celestes.

Eres surco sagrado y magnífico!

Eres

el gran surco en destellos y en amor. Te estremeces  
en afán de la estirpe — Oh materna Cibeles —  
que en aureola cósmica mi corazón envuelves,  
y que en surco de estrellas tus arterias conviertes.

Vesta antigua, triunfante de la furia y la muerte,  
que en el amor fecundas, que en el amor floreces...

El creciente dorado de la luna, es la barca  
que nos lleva a una ignota Citherea.

La blanca  
suavidad de tu mano, me ofrece la sellada  
doncellez de tu cuerpo y a su contacto el alma,  
gusta el sabio y profundo olvido de las lágrimas,  
que surgen en la angustia lenta de las nostalgias  
y ponen ajustados nudos en la garganta.

Abro todos los hondos surcos de mis entrañas  
a la simiente de oro que de los cielos baja.  
Tiemblo a tu lado. Tiemblan mis nervios.

La romántica  
neurosis que conmueve mi existencia, engastada  
en lo más hondo mío, igual que una esmeralda,  
lívida de pavores, desde mi carne arranca,  
como el mar en las bóvedas, confusas resonancias.

Quiero que me consuele la transparencia lánguida  
de tus manos.

Que el vino de sus consuelos caiga  
en mis nervios vibrantes, y que tu estirpe diáfana,  
al dar luz sobre todos los pliegues de mi entraña,  
y dominar las cumbres y cielos de mi alma,  
no deje ni una mínima perplejidad de lágrimas.  
No deje ni un lejano perfume de nostalgia.

Hacia mí te adelantas, segura, en tu belleza...  
La mirra de los besos se dilata en tu boca  
y hoy me esfumo en tu vida como inviolada niebla,  
y noto que a tu lado mi carne se deshoja,  
y arde y se purifica, lo mismo que una ofrenda  
vital, en las dramáticas eleusinas y délficas,  
cuando en las llamas dábanse finísimas esencias.

Las lecturas de bardos antiguos son las puertas  
que nos llevan a mundos de ayer, en donde flotan  
como últimos restos de naufragios, mis penas.  
— Mira, sobre los orbes, el polo austral asoma.  
Es un monje blanquísimo con barbas de neveras.  
Dos nébulas le ceden la harina de las hostias.  
Bendícenos.

La Cruz del Sur alza en la diestra.

Callamos. Mi existencia en tu carne se agota  
y se ha hundido soñando con tu luz, oh Belleza,  
como un viejo navío coronado de rosas  
en la azul resonancia de las altas mareas.

Vaso de oro y marfiles, fragante de leyendas,  
tu corazón atrae mi vida absorta;  
Lleva el hastío mórbido y gris de mi tristeza.  
Busco en cambio la línea diáfana de tu forma,  
en mis versos.

A ellos, la virgen transparencia  
de tu carne, la curva luminosa  
de tu cuello y la luz que da tu cabellera  
tan dorada que, acaso destruida la madeja  
del sol, yo con tus rizos la haría hebra por hebra.

— Mirad; el mercader que ha venido de Smirna muestra su cargamento de arcaicas pedrerías. En cofre de alabastro con guarda de amatistas, joyas muy bien miniadas con leyendas sanscritas... En el bazar abierto, triunfan las alcatifas, célebres de la Persia y alzan sus maravillas tapices de Damasco y turquesas lumínicas.

— Acércate — me dice; contempla como brillan los pórfidos y jaspes y las perlas bruñidas. — El viejo mercader con burlona sonrisa me enseña su tesoro, y abre ante mis pupilas, un asombro de ámbares sacros y malaquitas, fúlgidas calcedonias, purpúreas cornalinas, pontificales ónices y heráldicas sortijas.

Yo recorro con máximas nerviosidades íntimas, paso a paso la tienda de aquel judío artista. Él goza ante las graves cavilaciones mías y ríe al verme entrar con frente pensativa...

¡No sabes que mis ojos huyen de tus vitrinas fabulosas, y buscan los ojos de tu hija, los ojos de tu hija,  
oh mercader de Smirna!

Con el « Diario » de Amiel, en las manos.

Campo de sol. Camino abierto. Frescas rosas.  
— Ábreme el horizonte lejano, donde agostan los bárbaros inviernos de mi ser, las magnolias más bellas de tu carne! Acércate y reposa sobre mi brazo, y háblame de la oculta salmodia que se escucha en tus labios, cuando mi vida absorta se adormece en la última palabra de tu boca...

— Yo quiero siempre verte a mi lado, con toda tu acariciante y lánguida ingenuidad de tórtola reclinada en mis fuerzas: Ah, ver cómo remontan con ascendentes alas, las esperanzas rotas que deshojé la víspera sobre tu seno.

Enflora

con un bello optimismo mi sangre. Amor, y enjoya mi sombra con tus lámparas votivas más preciosas —

... Pero hoy, en este banco musgoso, con la ignota sensación de una diáfana intimidad saudosa, confiaremos a Amiel todo el amor que asoma a nuestros ojos ávidos...

Pondremos una nota

bajo algún pensamiento del *Diario*.

Ya, a la sombra

más dulce del espíritu, veremos a esa hora con qué rosas eternas el corazón se aroma.

*A Montiel Ballesteros.*

Se desliza en mis venas el claror de las lunas,  
y en mis nervios el ritmo de una apagada música  
de órganos antiguos.

Mis pupilas trasuntan  
la tensión de la espera y las voces ocultas  
de las meditaciones, me cuentan las angustias,  
de un monje que en mi alma pasea su nocturna  
tristeza milenaria de sombras y de brumas.

Creo sentir a veces que todo se perfuma  
de alegría en mi inquieta perplejidad confusa,  
que diamantes de luz, y soles de ternura  
me iluminan adentro...

Mis oídos se aguzan,  
pero en mi reino interno solamente se escucha  
que el monje de mirada líquida y taciturna,  
repasa su breviario de sombras y de brumas.

Paciente amigo mío. Espejo de amarguras.  
Callado acompañante del temor y la duda;  
conmigo vas; me sigues...

Mañana, cuando en una  
emigración sin gloria busque patria en la tumba,  
allí estarás inmóvil, con gravedad profunda,  
con rigidez de piedra, con alta frente, adusta...  
y seguirás leyendo tu breviario de brumas...

## II

## Los Vasos del Milagro

## Primera Parte

*Secuencia de cuarenta y seis sonetos*

CUANDO EN MI SER ESTABAN DERRAMANDO...

Cuando en mi ser estaban derramando  
el temblor de sus luces fugitivas,  
se apagaron mis lámparas votivas  
y me quedé en la noche sollozando.

Niño miedoso, te esperé, temblando  
con el rubor de mis entrañas vivas;  
luego, noté en la sombra las furtivas  
túnicas, que traías ondulando...

Penetraste en mi espíritu lo mismo  
que el arcángel Gabriel. Se vió entonces,  
que ardían en el ámbito sonoro,

como llamas de hondo misticismo,  
tus incensarios de bruñidos broncees...  
Y qué piadosas lámparas de oro!

BAJO UNA LUZ DE ALMENDROS FLORECIDOS...

Bajo una luz de almendros florecidos  
el jardín se adormece, y la mañana,  
cristal de eternidad, en la fontana  
deja temblores de ilusión perdidos.

En la urdimbre sutil de los sentidos  
se dilata la vida, soberana  
y fecunda, circuida de una arcana  
resurrección de pánicos latidos.

Tu pupila naufraga en la distante  
plenitud de mi huerto de claveles.  
— Sí... — Ven a mi retiro luminoso,

que en estas claridades de diamante  
para gustar tus mieles y mis mieles  
mi corazón será vaso precioso... —

ARTIFICE TENAZ, CINCELO GEMAS...

Artífice tenaz, cincelo gemas,  
bajo el hondo fluctuar de estas edades,  
para agobiar tu mano en claridades  
hasta el ópalo rosa de tus yemas.

Y orfebre del dolor, en las supremas  
angustias de mis lentas soledades,  
grabo en piedras de claras majestades  
ritmos para simbólicos poemas.

Bajo la plenitud de mi retiro,  
en orgullosa soledad me miro  
vibrar en flamas de sagrado fuego.

Lo profundo mirad de mis entrañas:  
Qué luz! Están allí las más extrañas  
piedras de los collares que te entrego.

TU PALABRA EXALTÁBASE EN LA QUEDA...

Tu palabra exaltábase en la queda  
plenitud de la noche. Ya cercana  
tu frente de mi sien, tu vida hermana  
de la mía envolvióme entre su seda.

En la alcoba, flotaba una reseda  
frágil de intimidad. A la ventana  
llegó una triste música lejana  
entre el hondo rumor de la arboleda.

Me enseñó tu mirada la fragante  
claridad de tu alma de diamante.  
Y cuando ví tu íntimo tesoro

en él entré con arrogancia ciega  
como el titán de la leyenda griega  
en el jardín de las manzanas de oro.

VOY CAMINANDO POR LA SENDA HOLGADA...

Voy caminando por la senda holgada  
donde juntos nos vieron. Emociones  
tristes, sufro en mis íntimas pasiones  
y mi existencia agítase turbada.

Tarde lenta de paz, tarde sellada,  
propicia enhebradora de ilusiones;  
quiero evocar amor y decepciones  
de amor, bajo esta hora tan callada.

Recorrer los senderos donde unidos  
desfloramos los valles florecidos.  
Soñar con Ella en las abiertas cimas

y entre la brisa cálida y serena  
besar con avidez su faz morena  
en el misal fragante de las rimas.

LA SOLEDAD SE DUERME EN LOS JARDINES...

La soledad se duerme en los jardines  
bajo la ingenua noche perfumada  
y la luna, en la bóveda estrellada  
platea la quietud de los confines...

Una fragancia ardiente de jazmines  
evoca los suspiros de una amada,  
y revive una música encantada  
el ritmo de los húngaros violines.

Pienso y recuerdo... Hasta mi alma viene  
el mito fabuloso de la esfinge...  
y en la pradera luminosa y célica,

nimbada por astral paraselene,  
la blanca luna, entre la noche, finge  
la estampa de una imagen evangélica...

BAJO LA NOBLE SOLEDAD BEATA...

Bajo la noble soledad beata  
de los sauces, contemplo lentamente,  
como al rumor sonoro de una fuente  
mi espíritu, en un vuelo, se dilata.

Bajo el grave crepúsculo escarlata  
se enriquece el tesoro de mi frente  
y en las cuartillas con rumor creciente  
cantan los versos de bruñida plata.

Oh, la astral santidad del huerto mío,  
en esta hora en plena paz de estío!  
Ya tu alma en mi alma se reclina,

y en la vaga tristeza en que me pierdo  
mi vida, es sólo el sauce que se inclina  
callando sobre el lago del recuerdo...

ENTRE AROMAS EN FLOR, DUERME LA ALDEA...

Entre aromas en flor, duerme la aldea  
en la distante soledad del prado,  
en tanto a los rediles el ganado  
se acerca en una placidez hebrea.

Vamos juntos. Mi vista se recrea  
por un jardín ingenuo y perfumado.  
Todo es ritmo y es égloga a tu lado  
en los paisajes blancos de la idea.

Tu mano se estremece entre mi mano.  
Hay un ritmo platónico y lejano  
en la ardiente opulencia campesina.

La aldea, en la penumbra se ilusiona,  
y el espíritu eterno de Verona  
sabiamente al amor nos encamina,

DE LA VIDA LA MÚLTIPLE HERMOSURA

De la vida la múltiple hermosura  
se condensa en la clámide celeste  
del cielo, envuelto en una ingenua veste  
de claridad fragante de ternura.

Se reconcentra el alma en tu dulzura  
así como en la ermita el arcipreste.  
En la plural serenidad agreste  
se acentúa el rumor de la espesura.

La tarde, en la quietud de las glorietas  
se esfuma, y es suspiro de violetas.  
Sobre los campos, deja la campana

un vago aroma de melancolía...  
Al entregarse tu alma entre la mía  
¿no oyes gemir piadosamente: — Hermana?...

## LA HONDA CONFIDENCIA DEL BOSCAJE...

La honda confianza del bosque  
nos inicia en su mágico espejismo  
y un silencio, de súplica y abismo  
envuelve las penumbras del follaje.

Hacia el banco olvidado un cortinaje  
de glicinas desciende. — A un tiempo mismo  
se integran tu lirismo y mi lirismo  
frente al desdoblamiento del paisaje.

El dolor de la tarde se condensa  
en una sola lágrima suspensa  
de la seda suavísima del cielo.

Al confiarte el amor que te consagro  
me adormezco en perfumes de milagro  
bajo la Arabia ardiente de tu pelo.

## PLATA FLUIDA EN LOS LÍQUIDOS CAUDALES...

Plata fluida en los líquidos caudales;  
columnas de la luz son los cipreses.  
Palomas blancas en las ricas mieses  
y en el oro solar de los trigales.

Sobre la copa de los romerales  
levanta el sol sus aúricos arneses.  
Turna el estío sus dorados meses  
en la fecunda paz de los eriales.

Canta fecundidades la campaña.  
Conmueve el surco su escondida entraña  
por la sed de crear atormentado.

Y mueve el corazón un ritmo incierto  
mientras exige, hacia su noche abierto  
más sed de amar y de sentirse amado.

OH, FINAS LLAMAS DE FULGOR VOTIVO...

Oh, finas llamas de fulgar votivo  
en donde el alba funde su diamante.  
Rosadas vendas de opresión constante  
que enceguecen mi ensueño pensativo.

Soy de ellos dueño y a la vez cautivo.  
De ellos tirano y a la vez amante,  
Aunque domino en su amplitud fragante  
en su armonía prisionero vivo.

Absorto estoy entre tan dulces lazos.  
Y cuando extiendes hacia mí tus brazos,  
con un impulso plástico de alarde,

veo elevarse de su curva hermosa,  
astros, los mismos que en un fondo rosa  
se ven, entre las sedas de la tarde.

BAJO DULCES INCIENSOS TUTELARES...

Bajo dulces inciensos tutelares,  
como a conjuro mágico de hada,  
se enciende en la llanura fatigada  
el fuego paternal de los hogares.

Con grave unción los finos colmenares  
del silencio, dan miel fresca y dorada  
para las almas, en la paz sellada  
de los tardos senderos familiares.

Sueltas tu pelo como vasto asombro  
de noches, que en las curvas de tu hombro  
dejan glaucos y fúlgidos regueros.

Y en el largo camino silencioso,  
aspira el alma en tu cabello undoso  
vespertinos aromas de luceros.

EN LA ANTIGUA HUMEDAD DE LAS GLORIETAS ...

*Toute une mer immense où fuyaient des galères,  
Antoine et Cléopâtre*

HEREDIA,

En la antigua humedad de las glorietas  
con paso firme hacia mi lado vienes  
y en tu expresión dominadora tienes  
majestades impávidas y quietas.

En tus sonrisas duras interpretas  
tus orgullos de reina. Te detienes,  
y envuelves el cansancio de mis sienes  
con tu pelo aromado de violetas.

Pero yo temo verme en la penumbra,  
densa de tu mirada que deslumbra!  
Pues al hundirme en tus pupilas graves,

como a Antonio la sangre me convida  
a huir de las batallas de la vida  
persiguiendo la estela de tus naves.

TUS OJOS PARDOS A MIS OJOS RIGEN ...

Tus ojos pardos a mis ojos rigen.  
Sus fulgores me atraen y me ciegan.  
Mis torres más gallardas se doblagan  
a las flechas de luz que ellos dirigen.

Esta noche yo ansío que se fijen  
en mí tus ojos de ágata, que riegan  
sobre el alma sus luces, y la anegan  
en resplandores de celeste origen.

Mis sueños, con sus élitros brillantes  
naufagan en tus fúlgidos diamantes.  
Y cuando yo te pido que me mires

mis penas, a la luz de tus miradas,  
tiemblan como serpientes encantadas  
bajo la majestad de los fakires.



ME SIENTO ENFERMO, Y SOLITARIO VIVO ...

Me siento enfermo, y solitario vivo,  
rodeado por ansias más supremas.  
Me atraen los fulgores de tus gemas  
y el milagro, cambiante y fugitivo,

que en mí derrama el resplandor votivo  
de tu blanca ilusión. Hoy, mis poemas,  
se alzan a ti, cual límpidos emblemas  
de un orgullo recóndito y esquivo!

Mustios son los rosales del ocaso.  
Pliega el recuerdo acariciante raso  
sobre una lenta angustia sobrehumana.

Y se siente el espíritu cobarde,  
como si hubiesen muerto con la tarde  
las rosas, ah! las mías, del mañana ...

ESTOY SOLO, OLVIDADO, EN LA SUPREMA ...

Estoy solo, olvidado, en la suprema  
plenitud del silencio soberano.  
Sobre mi alma, dolorosa mano  
comprime tu recuerdo, y él me quema ...

Eres en mí el *leit-motiv*, el tema  
de un deseo seráfico y arcano.  
Baja a mi ser, tu resplandor lejano  
y en su centro deslumbra como gema.

Vuelvo a estar solo en mi ciudad de hastío.  
He abierto la ventana hacia la vida  
de tumultos que suben del arroyo.

Para escribir los versos que te envió,  
comprimiendo los labios de mi herida  
sobre mi propio espíritu me apoyo.

EL INVIERNO OTRA VEZ... EN LA FIRMEZA...

El invierno otra vez... En la firmeza  
de la lluvia, la vida palidece  
y la ciudad romántica parece  
que entre la capa de las brumas reza.

El campanario hunde su aspereza  
en las nubes de plomo. Desfallece  
un cantar en la senda, y se estremece  
todo, al vago estupor de la tristeza.

Llora el invierno su lluvioso encanto  
sobre nuestro interior. Profundo llanto  
en las pupilas quédase en acecho.

Yo, viajero de luz, sigo mi marcha,  
bajo el frío creciente de la escarcha  
y entre el ritmo convulso de mi pecho.

ABRIMOS LA VENTANA HACIA LA HUECA...

Abrimos la ventana hacia la hueca  
y cóncava grandeza del abismo  
del cielo, en tanto en mágico lirismo  
detuvo el tiempo su oxidada rueca.

Hacia la alcoba, alguna hoja seca  
traía su doliente panteísmo  
y nos llenó de ingenuo pesimismo,  
Werther, desde la antigua biblioteca.

Bajo la inmensa lentitud nocturna  
se estremeció mi vida taciturna  
en la unción de tus rasos vaporosos.

Mis sueños en tus sueños se engarzaron  
y en tu escote marmóreo se enhebraron  
los astros, en collares luminosos...

EL INVIERNO OTRA VEZ... EN LA FIRMEZA...

El invierno otra vez... En la firmeza  
de la lluvia, la vida palidece  
y la ciudad romántica parece  
que entre la capa de las brumas reza.

El campanario hunde su aspereza  
en las nubes de plomo. Desfallece  
un cantar en la senda, y se estremece  
todo, al vago estupor de la tristeza.

Llora el invierno su lluvioso encanto  
sobre nuestro interior. Profundo llanto  
en las pupilas quédase en acecho.

Yo, viajero de luz, sigo mi marcha,  
bajo el frío creciente de la escarcha  
y entre el ritmo convulso de mi pecho.

ABRIMOS LA VENTANA HACIA LA HUECA...

Abrimos la ventana hacia la hueca  
y cóncava grandeza del abismo  
del cielo, en tanto en mágico lirismo  
detuvo el tiempo su oxidada rueca.

Hacia la alcoba, alguna hoja seca  
traía su doliente panteísmo  
y nos llenó de ingenuo pesimismo,  
Werther, desde la antigua biblioteca.

Bajo la inmensa lentitud nocturna  
se estremeció mi vida taciturna  
en la unción de tus rasos vaporosos.

Mis sueños en tus sueños se engarzaron  
y en tu escote marmóreo se enhebraron  
los astros, en collares luminosos...

MOSTRÓ LA ESCALINATA, EL INVIOLADO...

Mostró la escalinata, el inviolado  
resplandor de los mármoles. La brisa  
resonó blandamente en la indecisa  
penumbra del silencio dilatado.

Daba en buscar la luna su extraviado,  
collar en la inquietud de tu sonrisa,  
y tu mirada, lánguida y sumisa,  
se idealizó de ópalo a mi lado.

Reclinada en mi pecho desataste  
la cabellera oscura y ondulosa.  
— Adiós! — Y en la marmórea escalinata

con qué serenidad te deshojaste  
sobre mi corazón, como una rosa  
en un antiguo búcaro de plata!

LA INMENSIDAD, SOBRE AQUEL MAR OSCURO...

La inmensidad, sobre aquel mar oscuro,  
en un silencio vasto aleteaba  
y en pródiga opulencia derramaba  
estrellas sobre el oleaje impuro.

Y vimos el milagro. Con seguro  
afán el mar inmenso se colmaba  
de fulgores. Cada astro que a él llegaba  
seguía ardiendo immaculado y puro

pero muerto, en las aguas caudalosas.  
Lloraste... Tus mejillas luminosas  
mostraron palideces fugitivas.

Mustio de fiebre me incliné a tu frente,  
y se vió en tu pupila transparente  
un cósmico temblor de estrellas vivas.

LA BRUMA VA ASCIENDIENDO... LA TEMPRANA...

La bruma va ascendiendo... La temprana  
frescura, que se eleva del ambiente,  
va idealizando paulatinamente  
la dulce castidad de la mañana...

Tu mano entre mi mano, en la lejana  
quietud de la pradera confidente,  
se entrega a mi cuidado, castamente  
como una buena y cariñosa hermana.

Avanzan los aromas del estío...  
Entre las sierras se adelgaza el río  
bordeado por besos de la espuma...

Y en un éxtasis lírico de anhelos  
ascienden nuestras almas a los cielos  
sobre un lampo imposible de la bruma...

TARDE ABUNDOSA DE ESTIVALES MIELES...

Tarde abundosa de estivales mieles  
y fecunda de lágrimas secretas.  
Penumbra azul guardaban las glorietas  
en sus ocultas soledades fieles.

Soñaba el río bárbaros tropeles  
y en la tersura de sus aguas quietas  
nafragaban simbólicas violetas  
y púrpuras extrañas de claveles.

Por la senda nostálgica seguimos  
y en un éxtasis de alma florecimos.  
Hacia atrás reclinabas la cabeza

y tu pelo en dos trenzas, descendía  
sobre tu busto, como en la armonía  
de un ánfora de carne y de belleza.

En la calle desierta va la brisa  
deshojando un rumor en los confines;  
se oyen lejanas notas de violines  
y el agudo temblar de alguna risa.

He abierto mi ventana. A la indecisa  
penumbra de mi cuarto, los jardines  
traen un perfume mustio de jazmines  
y una quietud recóndita y sumisa.

¿Y esta ansia de llorar? En mi retiro  
ahogo mi tristeza en un suspiro,  
y frente a la tiniebla dilatada,

siento un ardor de indómitos anhelos...  
— Ábrete corazón hacia los cielos —  
como una urna póstuma y sagrada,

Sollozan las campanas monacales  
sobre la fiel quietud del caserío  
y el prodigio estival de su atavío  
levantan en la tarde los rosales.

Salmodias de tristeza en los misales  
más sagrados del alma, y un vacío  
punzante siento en el ensueño mío  
bajo el cielo agobiado de corales.

Surge tu casa sobre un fondo obscuro.  
En ella anida todo mi futuro  
y hacia ella va mi pena, nube vana.

Y en dolorosos ímpetus de angustia,  
mi corazón es rosa que se mustia  
nada más, y perfuma tu ventana.

Errante, una muchacha campesina,  
nos vió llorar al lado del torrente.  
El rumor melodioso de la fuente —  
oculta, era la voz de la neblina.

Murmuré en honda angustia, una divina  
oración, sobre el nardo de tu frente —  
— Oh, mañana, dijiste lentamente —  
mi alma estará enferma y vespertina ...

Osciló tu dorada cabellera  
en mis manos. Un ritmo vacilante  
reflejaron tus ojos entreabiertos ...

Ya todo sombra en nuestras almas era,  
donde caía, trágica y constante,  
una extensa nevada de astros muertos.

En la seda nocturna hubo un contraste  
de luces y de sombras. Los senderos,  
alzaban sus sonoros limoneros  
idealizados en un blanco engaste.

Música de tu voz. Te reclinaste  
después de una agonía de luceros  
sobre mi brazo, y en mis ojos fieros  
trémula de emoción te deshojaste.

Vertieron detonante sahumerio  
tus nardos. La nevera de tu frente  
se alhajó en un prodigio de alabastros.

Y la música sabia del misterio  
resonó en nuestras almas largamente,  
con rumor pitagórico de astros.

EL CIELO, ENTRE SUS CLÁMIDES DORADAS...

El cielo, entre sus clámides doradas,  
se abría con magnífica opulencia  
y el bosque, en una arábica indolencia,  
nos mostró sus umbrías perfumadas.

En la sombra tenaz de tus miradas  
tembló una diamantina eflorescencia;  
y tus manos en blanca confianza  
quedaron en las mías reclinadas.

Se hundió el ocaso en el follaje espeso.  
Vibrábamos de ensueño, en la agonía  
cordial de aquella tarde solariega.

El silencio atraía como un beso.  
Y al naufragar tu alma entre la mía  
tuvo la unción de un labio que se entrega...

EL ROSAL INTERIOR, BAJO LA NIEVE...

El rosal interior, bajo la nieve  
de una secreta angustia se deshoja.  
Estamos solos. La pupila roja  
de una voluble lámpara se mueve

sondeando las tinieblas. Nos conmueve  
el ruido más pequeño, y nos despoja  
de toda intimidad la paradoja  
que dice el labio cuando a hablar se atreve.

Tiemblan tus manos pálidas y frías  
entre mis manos. Tus pupilas nievan  
pétalos blancos del rosal interno...

Ya tus venas, — tan tenues! — y las mías,  
son azulados cauces que nos llevan,  
y para siempre, hacia el olvido eterno.

LLUEVE. LA BRUMA DE LA SIERRA AVANZA...

Llueve. La bruma de la sierra avanza;  
todas las formas del misterio crea,  
al invadir calles de la aldea  
y los húmedos campos de labranza.

En la alcoba, una frágil remembranza  
de soledad nostálgica aletea...  
y en claras suavidades de azalea  
nos une nuestra íntima esperanza.

Los melódicos plátanos del huerto  
doran sus hojas con un oro muerto,  
sueñan y entre penumbras se diluyen...

Lloro porque en la tarde que se esfuma,  
nuestros anhelos imposibles huyen  
en los blancos corceles de la bruma.

TUS OJOS ME APRISIONAN CUANDO PIENSO...

Tus ojos me aprisionan cuando pienso  
en su sombra arriesgar mis fantasías.  
Se viste el alma toda en pedrerías  
y permanece el corazón suspenso.

En tu pupila extiéndose el intenso  
llanto de las dolientes profecías  
y, madreperla de melancolías,  
se abre su noche en un milagro inmenso.

Entre un deslumbramiento de oropelos  
en tus ojos se esfuman mis bajeles  
en busca de fantástico tesoro.

— Sí, déjame extraviarme en tus miradas.  
— ¿Y qué buscas? — Las islas olvidadas  
donde dejé mis altas torres de oro.

CON SU CARGA DE LUCES MARCHA EL RÍO...

Con su carga de luces marcha el río  
bajo el frescor fugaz de la mañana  
mientras su espejo ondula en la lejana  
soledad, más allá del caserío.

— Inactual castidad del huerto mío,  
envuelto en una placidez temprana,  
donde con lenta suavidad desgrana  
su collar de topacios el rocío. —

Y prosiguió tu voz que era la aurora:  
— Mira mi huerto, como esplende ahora  
proyectado en lo oscuro de las selvas.

Y el lar se levantaba en los confines.  
Claridad prodigiosa de jazmines.  
Colgajos de las blancas madre selvas.

HASTA MI CUARTO ASCIENDEN LOS RUMORES...

*Deixar a alma dormir sem um desejo,  
ampla, funebre, lugubre, vasia  
como uma cathedral abandonada!...*

OLAVO BILAC.

Hasta mi cuarto ascienden los rumores  
de la noche. Percibo bien los ruidos  
de la urbe, allá abajo. Mis sentidos  
se aguzan en la sombra, y los ardores

de mi sangre, con miedos interiores  
combaten. — Noche inmensa: tus latidos,  
son los del corazón de los vencidos,  
sombria estás de ver tantos dolores.

Me he asomado a la ventana abierta.  
Y Dios...? La soledad me desconcierta  
y el gemir de los vientos infecundos.

Así me quedo lívido y comprendo:  
en mi espíritu — oh noche — están cayendo  
lágrimas, que no lumbres, de tus mundos.

## UNA FRAGANCIA RUSTICA DE ESPLIEGO...

Una fragancia rústica de espliego  
trasminarán las sendas y el divino  
pájaro de tu gozo campesino  
no volverá a cantar ante mi ruego.

Dormirán los paisajes bajo el fuego  
de la siesta, y al borde del camino  
la cigarra en su cántico ladino,  
contendrá todo el campo solariego.

Todo será alegría en el hechizo  
de la impoluta suavidad del viento.  
Tú guardarás mi ánimo enfermizo

tan solo, en el recuerdo solitario.  
Igual fuera un jazmín amarillento  
entre la castidad de tu breviario.

## ES QUE SOY DE OTRAS ÉPOCAS...

Es que soy de otras épocas. No creas,  
cuando ves que enmudezco en un profundo  
silencio de tristeza, que me inundo  
en las actuales dudas giganteadas.

La muda emigración de mis ideas  
me conduce a otro tiempo más fecundo:  
cuando el Renacimiento, sobre el mundo  
cuatrocentista alzó luces febeas.

Vivir con Benvenuto y el Tiziano,  
como vicioso príncipe italiano,  
o como un Papa, en cámaras cordiales.

Erudito en los crímenes, maestro  
en las jornadas del amor... Y diestro  
en arte antiguo y en hundir puñales.

EN ESTA PAZ QUE ES LUZ DE LOS JARDINES...

En esta paz, que es luz de los jardines  
me enerva la atracción de unas miradas.  
Se oyen ritmos de fuentes encantadas  
y el agudo temblor de los violines.

Lentamente, la luna en los confines  
vuelve a agotar sus ánforas plateadas  
y se elevan tus manos perfumadas  
en un deslumbramiento de jazmines.

Hay un dulzor azul de primaveras...  
A tu delicadeza de capullo  
entrego mis tristezas una a una.

Se buscan en tus lípidas ojeras,  
los diamantes más claros de mi orgullo  
y las perlas más suaves de la luna.

BAJO LA GRUTA DE TU CABELLERA...

Bajo la gruta de tu cabellera  
se oculta mi cabeza. Siento fríos  
punzantes en las sienes, y sombríos  
miedos gravitan en mi vida entera.

Abre tu corazón, que mi quimera  
va hacia ti con sus grises atavíos.  
Deja que duerman los inviernos míos  
en ardiente y dorada primavera.

Dispersa con los brazos entreabiertos,  
semillas en mis páramos desiertos.  
Que nazcan otros mundos de armonía

en los jardines de mis lontananzas,  
y que tu alma, vaso de esperanzas,  
vuelque el vino y la luz sobre la mía.

QUIERO EVOCAR LA MÚSICA PERDIDA...

Quiero evocar la música perdida  
ya para siempre en la extensión sonora.  
— Vámonos juntos a temprana hora  
por la natal pradera en loca huida.

Y nuestra inspiración, enriquecida  
con las joyas más puras de la aurora,  
florecía en mi frente soñadora  
y en el nardo oloroso de tu vida...

Hoy no es posible que mi amor se vea  
reflejado en tan claras ilusiones  
como los sauces, en los lagos tersos.

Ya nunca en las mañanas de la aldea,  
perfumarás tu libro de oraciones  
con el sándalo antiguo de mis versos.

PÁLIDO ENTRE LA VAGA OPALESCENCIA...

Pálido entre la vaga opalescencia  
de mi cuarto, contemplo las llanuras  
distantes de mi América. Espesuras  
de álamos, elevan su indolencia,

allá lejos... En blanda confianza,  
bajo su amparo van aguas impuras,  
con marejadas lentas e inseguras  
arrastrando una parda somnolencia.

Vente conmigo. Por la noche iremos  
hacia ese campo y juntos seguiremos  
por el dulzor alguna senda grata...

Y nuestra angustia indómita y vehemente  
naufragará en la música doliente  
de los sonoros álamos de plata.

Lisonjas de un dorado paraíso  
viéronse en la llanura perfumada  
y una mística unción vi reposada;  
paloma del crepúsculo indeciso.

En tu pupila, toda llamas, quiso  
encenderse mi orgullo. Tu mirada,  
con dejadez recóndita y cansada,  
logró evadir la mía de improviso.

Una lejana música se oía ...  
Beethoven; pastorales ... Poesía,  
al fin, y con tus lágrimas, querellas...

Después, cuando los ojos se encontraron,  
nuestras almas finísimas se alzaron.  
Cálices, nada más, de las estrellas.



No intentes descifrar porque me rigen  
el fuego humano o la divina gracia.  
No interrogues la fuerza de mi audacia  
ni por donde mis pasos se dirigen.

Cuando tus ojos, ávidos se fijan  
en mí, para admirar mi aristocracia,  
caerá sobre mi estirpe la desgracia  
y para siempre tornaré a mi origen.

— Oh, Lohengrín, clamarás! — Lllaman los bronce  
del heraldo! ¿En qué río milagroso  
y azul acude tu figura excelsa?

Quién sabe, si te oirá el cisne, entonces ...  
El cisne que conduzca al héroe hermoso  
y te salve la vida, como a Elsa!



CIUDADES DE PÚRPURA Y DE RASO ...

Ciudades de púrpura y de raso  
con vistas de jardines orientales,  
armábanse en las nubes vesperales,  
Sabías hechicerías del ocaso.

Toda mi vida en ti vibró. Acaso  
resucitamos miedos ancestrales  
cuando el día en los vastos naranjales  
áspero olor de flores dió a tu paso.

La soledad reinando en la llanura,  
buscó nuestra tristeza y con dulzura  
de madre, su consuelo nos seguía.

Y en pausadas etapas inclementes  
tendió en la palidez de nuestras frentes,  
sus alas grises la melancolía ...

ASTROS, TUVE EN EL ALMA ...

*Escollo de cristal, meta del mundo.*

GÓNGORA.

Astros, tuve en el alma. La espesura  
de mi interior ardía en mil fulgores.  
Eran mundos o estrellas que eran flores  
de luz, allí como en la noche oscura.

Después, tú me inundaste de blanca,  
y diáfano escuadrón de resplandores  
yo ví avanzar en mí con los ardores  
de un estío de llamas y hermosura.

Me ceñiste a tu ensueño, en un derroche  
de eternidad. En tus pupilas bellas  
antigua fe se estremeció encendida.

Toda tu aurora descendió a la noche  
de mi alma. Y las íntimas estrellas,  
una a una apagáronse en mi vida.

## HACIA TI VAN MIS BARCOS A MILLARES...

Hacia ti van mis barcos, a millares.  
Playas de oro en tierras fabulosas  
grabo en mi mnemotécnica; y preciosas  
colonias de los mundos estelares.

Te elevas en los épicos cantares  
del agua, con tus templos y tus diosas,  
lo mismo que una Atlántida de rosas  
venciendo la clausura de los mares.

Idea o isla helénica. Presiento  
que flotas en las túnicas del viento...  
¿Huiré de tus sirenas de ojos zarcos?

No puedo... Ya tus límpidas palomas  
vienen hacia el velamen de mis barcos.  
Como a Ulises, me embriagan tus aromas...

## III

### Oda Griega a la bailarina Isadora Duncan

*« Me entrego a la danza contemplando el dorado coro de los  
astros vespertinos. Luego de haber coronado de flores mi ca-  
beza, tomo la lira en las manos. Y realizando estas cosas,  
llevo una vida conforme con la Naturaleza. »*

*Antiguos versos de la Antología Griega.*

\* \* \*

*— Se cuenta que Isadora Duncan durante su viaje a Gre-  
cia, danzaba, una vez, en el amanecer del día, completamente  
sola, ante la sublime Acrópolis. — Un viejo pastor que la con-  
templaba, le preguntó:*

*— ¿ Qué haces ahí, hija mía ?*

*Ella interrumpió su danza y contestó:*

*— Digo mi oración ante la Acrópolis...*

Mármol, perenne mármol, tibio mármol  
oloroso a los mirtos seculares  
de Arcadia y a las pródigas campiñas  
de Athenas, bello mármol, mármol vivo.

Bajo la blanca túnica apolínea  
te mueves, mármol sonrosado y virgen  
y nos colocas en la clara senda,  
circundada de olivos y laureles,  
que conduce al dominio de los Dioses.

Han hallado las nuevas muchedumbres  
ya la ruta de Paros luminosa,  
que Leconte de Lisle, el viejo bardo,  
creyó perdida. Encuéntrala quien sigue,  
el lenguaje del cuerpo y de la música,  
la geometría de las danzas griegas  
de la Duncan. Y extáticos caminan  
detrás del paso firme de la Venus,  
los pulsadores de las liras órficas,  
los que doman el bloque inanimado,  
los taciturnos de la gaya ciencia,  
los dogmáticos ciegos de la forma,

los devotos del canto y de la euritmia,  
los profetas del rito dionisiaco,  
y las almas selectas que vislumbran  
en las gasas volubles de la diosa,  
entre un vuelo de tórtolas en júbilo,  
repetirse el milagro de Citheres.

Y más felices que el divino aldeano  
que transformó el concepto de lo bello  
en la escultura de la Grecia alzando  
de entre un inculto campo de labranza  
a la Venus de Milo, hoy descubrimos  
a la Isadora de los castos miembros,  
desnuda en el tumulto de las urbes.

Y le ofrendamos rimas de diamante  
a la seleccionada por Apolo,  
a la sacerdotisa de la danza,  
intuitiva en el gesto y en el símbolo,  
juvenil en los diestros ademanes,  
alígera en los muslos pentelianos  
como aérea en los hombros ascendentes,  
sencilla en la expresión del movimiento  
que nos transporta al Citherón magnífico,  
alada, como alada es la Victoria  
de Samotracia y grácil como es grácil  
la Oréade del bosque de Thesalia.

Su cuello es lo primero que conturba  
en medio del prodigio de sus líneas.  
Columna rosa, esbelta que sostiene  
un mentón candoroso a fuer de insigne,  
es la *turrís ebúrnea* de los salmos,  
ornada con las rosas de Anacreonte  
y con el nácar pálido de Flora.

Cuando contrae la danzarina el cuello  
en la delectación del sincronismo  
de sus nervios, adquiere fuerza mítica.  
Y los dos mastoideos divergentes  
se alzan hacia la nuca, como brazos  
minúsculos de niño, que ofrecieran  
una oblación a Zeus, insuperada  
en el detalle de una copa antigua.

Isadora se acerca con las manos  
extendidas en gesto de inocencia.  
Reviven los exámetros de oro  
a su paso y conmueven los frisos  
del Parthenon, para situar su cuerpo  
en medio de los cuerpos inmortales;  
y cuando danza surge la edad lírica  
en que la creencia humana, sin un pliegue  
de maldad, escribía las leyendas  
de blondos semidioses y escuchaba  
las músicas de Orfeo, entre el concierto  
de las cigarras áuricas de Hesiodo.

Vienen hacia sus labios las abejas  
del Helicón, buscando la flor doble  
que perfuma y encanta al entreabrirse,  
y detienen las alas serenísimas,  
las águilas de Júpiter, atónitas  
ante el misterio enorme de los ritmos.

Su cuerpo tuvo escudo en la pupila  
fuerte de las deidades, y los ópalos  
ruborosos de Diana Cazadora  
resplandecen en él. Nos trae un culto  
milenario en su múltiple armonía,  
y rememora todo lo admirable

de las pinturas del Renacimiento,  
y es lácteo como el cuerpo de los niños,  
e ingenuo como el cuerpo aún no tocado,  
de la doncella impúber que Afrodita  
no ha querido adiestrar para los goces  
y los dolores del ritual eterno.

Surge entre los famosos cortinajes  
como una visión que se ha escapado  
de algún bajo-relieve, y en la rítmica  
danza que inicia en lúcida apoteosis,  
presta la carne unánime obediencia  
a la Idea y le rinde vasallaje.

Renovadora de las artes plásticas  
da a la virtud de la belleza suma,  
lo que contiene el ser de revelado  
y lo que esconde el alma de misterio  
y levanta en lo alto de la frente  
la sibilina lámpara de Psyquis.

Ya fluye de su marcha el entusiasmo  
que floreció en las fiestas de vendimia,  
cuando la gestación de la tragedia  
en el ciclo solar de Baco Heroico.  
Cuando Ella avanza ungida por los pámpanos,  
óyense las cadencias de los himnos,  
y dijérase entonces que la sigue  
la briosa procesión de los efebos,  
de largos rizos y actitudes ágiles,  
que escancian entre vítores alegres  
la voluptuosidad del vino rojo  
y ofrecen en sus bocas lujuriantes  
la opulencia cordial de los racimos.  
Ya sutaliza la corpórea esencia

y es blanquísima forma de alabastro  
que atrae, que domina y que sugiere:  
¡quédase inmóvil y sus ojos fingen  
la ceguera inmortal de las estatuas  
que evocan en el pórtico del templo  
la dorada grandeza del Olimpo.

Ya se incorpora y alza las pupilas  
en actitud renunciatrix, y mueve  
hacia el azul el velo que la cubre  
y que al subir hasta los tersos hombros,  
transforma las escápulas en alas.

O permanece adormecido e inerme  
y poco a poco sale de su sueño,  
y se agita de angustia y se contrae  
de dolor, cual si fuera una intangible  
divinidad robada del Empíreo,  
bajo un sueño profundo, y bruscamente  
despertada entre el lodo de la tierra.

Hoy, más felices que el divino aldeano  
que descubrió en un campo de labranza  
a Venus, la de Milo, poseemos  
la Venus de la carne y del espíritu;  
vívida, escultural, conquistadora  
sacerdotisa en neo-helenas danzas,  
que da aliento a la lámpara de Psyquis,  
y cuyo cuerpo, en medio de la noche  
tentacular que oprime los cerebros,  
igual que la Niké de Samotracia  
firme sobre las proas o las frentes,  
es mármol, vivo mármol, libre mármol.

IV

Imágenes de América del Sur

*A Julio Raúl Mendilaharsu.*

## LA VICTORIA DE SAMOTRACIA

*A Mauro A. Coronel.*

En la más alta empresa que se inicie, tu vuelo  
debe estar. — Que todos los rasgos del latino  
se copien en tu esfuerzo ascendente y divino  
que abre las vastedades de la tierra y el cielo.

Capitana en tu nave: realizas el anhelo  
de la esperanza nuestra. El verso diamantino  
del poeta te canta y te busca el marino  
y el genio te persigue con pertinaz desvelo.

Oh, victoria que un día con las naves viniste.  
Héroes no faltaron. Ni batallas!... Te erguiste  
con vencedora marcha hacia tierras mejores.

Y más que nunca alígera en las aguas flotando...  
Las estrellas de América te vieron gobernando  
la insumergible proa de los conquistadores,

## ORACION A LOS PINARES ANDINOS

En la sien pedregosa de la montaña andina  
allí están: con adusta firmeza de titanes.  
En sus troncos un ígneo tropel se arremolina  
de lavas, que descende, lento, de los volcanes.

Oh, formas descarnadas. La nieve blanquecina  
les da unos tintes trágicos, cuando los huracanes  
desatan sus violencias frenéticas de ruina  
en medio de fantásticos hervores de ademanes.

Pinos que circundáis, las cumbres de los Andes  
sedientos de la altura de las potencias grandes.  
Pinares que os mecéis con bárbaro vaivén

cuando las tempestades preludian sus rugidos.  
Los cóndores os llenen de innumerables nidos  
que avanzan ya las águilas de Washington.— Amén!

## LA VISIÓN DE SEBASTIÁN DELCANO

Guitarras dolorosas vibraban en el puente  
del navío. El crepúsculo, sobre las mansas olas  
del Pacífico, alzaba postreras amapolas,  
despojos en los antros de soledad creciente.

A lo lejos, los montes del nuevo continente  
llenábanse de sombras. Las naves españolas  
de Hernán de Magallanes se sintieron más solas  
y más triste escuchóse la música doliente.

Se apagaron los últimos sonidos de guitarras...  
Sesgado plenilunio nimbaba las bizarras  
facciones de Delcano, vigilante en la proa.

Fué entonces que el guerrero, en mágico espejismo,  
vió con ojos de fiebre, caer sobre el abismo  
y abrir tajo en los Andes la espada de Balboa.



Ya vienen por las pampas. Ha nacido la aurora.  
Anuncian su llegada con tumultos y ruidos,  
y andan por los extensos pajares florecidos.  
Admirad su salvaje carrera atronadora.

Los grupos de centauros corren enardecidos,  
los músculos vibrantes, los ojos encendidos.  
El ¡aaaah! de aquel tropel en marcha hora tras hora,  
se pierde en medio de la pampa forjadora...

El sol doró de bronces las ancas! Y la noche  
se anuncia, circundada con bárbaro derroche;  
gusanos luminosos de irisaciones frágiles.

Entonces vé el poeta, sobre la pampa inmensa,  
que entre nubes de polvo como una tromba densa,  
huye la tropa bárbara de los centauros ágiles...

¿No véis los grandes héroes? Solís, resplandeciente  
de lauros, se hunde trágico, en el bosque nativo.  
Pasa Diego García, con el mirar altivo,  
y Pedro de Mendoza conduce hidalga gente.

Viene Garay con gesto que abarca el Continente  
y síguenlo Alvar Núñez e Irala el agresivo,  
Bernardo de Guzmán, con la rama de olivo,  
y Pedro de Ceballos, con la espada inclemente.

Pasan los capitanes. De los ojos guerreros  
y de los repujados puños de sus aceros,  
aún viene, hacia estos siglos, resplandor escarlata.

Don Bruno de Zabala toma puesto adelante.  
Ved cómo abre la marcha al redoblar gigante  
de los conquistadores del Río de la Plata,

## LOS INDIOS CHARRUAS

Cierta mañana, cuando despertaba la aurora, notaron los charrúas, hacia el alba, en el río, unas naves fantásticas de orgulloso atavío, estandartes con cruces e inaccesible prora.

Entonces, convocaron con voz agria y sonora a las plebes autóctonas, ebrias de poderío, y trajeron del bosque, el impulso bravío, la envenenada piedra, la flecha voladora.

Una nube de dardos hacia la luz lejana partió, contra los ágiles bajeles deslumbrantes. Y pelearon la indígena tribu y el español.

Ah, pero fué vencida la gente americana!  
Las naves avanzaron entre nimbos brillantes, como si respondieran con las flechas del sol.

## EL DOMADOR

El potro, sacudiendo las crines con bravura dirigió la cabeza hacia el confín del cielo, y en un ágil galope, mostró la contextura plástica de los músculos y el delicado pelo.

El domador creando temeraria escultura de bronce, alzaba el busto sobre el gran potro en celo. Y volvió al breve instante de la extensa llanura palmoteando las dóciles ancas de terciopelo.

Ejemplo noble el tuyo! Inicie el joven fuerte todo riesgo sublime. Rete al triunfo, a la muerte. Adiestre los dinámicos nervios! Espada al cinto,

vaya así en una inmensa pampa desconocida.  
¡Vivir un sueño bárbaro y conquistar la vida en el bagual salvaje y hermoso del instinto!

*A Andrade Coello.*

El ágil negro hercúleo, alzó el pecho de toro  
sobre el mar, y acercándose al borde del navío,  
agitó con el ébano corpóreo, el atavío  
multicolor y rítmico del abismo sonoro.

Blanca mano de virgen entre unánime coro  
de ¡vivas!, arrojóle una libra. En el frío  
tumulto, hundióse el negro y apareció sombrío  
mostrando entre los dientes la moneda de oro.

— Yo como tú quisiera hundir mis vacilantes  
fuerzas — ah, melancólico titán! — en los torrentes  
oscuros que circulan en mis internas simas.

Después, alzar la testa rodeada de diamantes  
y con orgullo olímpico mostrar entre los dientes,  
a flor de labio, heroico y audaz, las áureas rimas.

Era aindiado y calmoso. Se dió todo al pampero  
con su tórax desnudo en atlética ofrenda.  
Yo admiraba sus músculos, relámpagos de acero,  
y su historia de héroe con desgracia y leyenda.

Recuerdo que de niño fui amigo del hondero.  
Esgrimía su arma con precisión tremenda:  
— Mirame! — y arrojábale guijarros del sendero  
al sol, en simulacros de odio y de contienda.

Hoy pienso, entre mis luchas, en el hondero aquél.  
Un brazo me asegura como una honda fiel;  
su salud primitiva es sostén de mi barro.

Yo bien sé que al faltarme esa atracción divina,  
me hundiré en la tiniebla que en la noche germina,  
perdido en la pradera azul, como un guijarro.

## LA MAJADA

Los campos se repiten en verdes terciopelos  
bajo los prolongados silencios campesinos;  
y en la villa de Melo se elevan los molinos  
de agua, con clarines al azul de los cielos.

Con un sosiego intenso se arroban los caminos  
por donde van a ferias, rurales peregrinos...  
Muere la tarde. El alma recoge sus anhelos  
y florecen en ella, renunciados y consuelos...

A lo lejos, los rústicos caseríos natales;  
tras filas de eucaliptus, dorados naranjales.  
Y más allá, a las luces de la tarde humillada,

trasunto de israelitas ensueños pastoriles,  
con andar taciturno, se acerca a los rediles,  
entre amarillos perros que ladran, la majada.

## EL CARNERO

Entre valles y lomas de esta fértil llanura,  
ya por campos de trébol o profundos zanjones,  
dominando el tumulto de los albos vellones  
del rebaño, resalta la majestad obscura

de su burlesca efigie. Sus manifestaciones  
íntimas, evidencian despreciables pasiones,  
y su presencia flota como una mancha impura,  
sobre tiernas corderas radiantes de blancura.

Y a veces, en las sierras sembradas de asperezas,  
entre piedras enormes, que ensanchan sus rudezas  
como caparazones de gigantes tortugas,

con sus cuernos torcidos en hoz sobre la frente,  
el carnero, al pasearse, exhibe largamente  
la innoble aristocracia de todas sus arrugas.

Chocano: ¿por qué causa reirse de las penas  
de ese humilde que ofrece para todos, su amor?  
Lo creo un Dios doméstico de las tierras en flor.  
Lleno de mansedumbres bendice las faenas.

Faraónica víctima sacrificada por  
los tristes peregrinos del hambre y del dolor.  
Patriarca que preside con pupilas serenas,  
su prole innumerable de trigos y de avenas.

Bajo el yugo prosigue su marcha promisor.  
En su pupila triste, que parece que llora  
recuerdos de otras épocas, duerme una luz beata.

En tanto que el arado rompiendo la gramilla,  
en la entraña del surco recién abierto brilla  
como en la oscura nube relámpago de plata.

Con el testuz de nieves, es bestia legendaria  
por su fealdad ciclópea. Tiene en su fortaleza  
de titán, piel brillante y firme la cabeza,  
cuadrada, como una construcción milenaria.

En sus ojos parece vagar una tristeza  
inexplicable; y plomos de una opaca pereza  
hay en su andar pesado. Su vida es solitaria,  
y él anuda en sus músculos la gran riqueza agraria.

Con paso acompasado por las lomas pasea,  
llevando en sus instintos de bestia ciclopea  
los anhelos nostálgicos de lúbricos edenes.

Tal un sultán asiático, que ufano de sí mismo,  
mostrara con orgullo potencia y sensualismo  
entre las odaliscas que oculta en sus harenas.

## EL CORDERO

Es sueño de muchachos, manajo de esplendores,  
cándido ramillete de espumas y de armiños,  
compañero infaltable de niñas y de niños,  
e hilandero imposible de encantos y dulzores.

A todos los aldeanos, ternuras y cariños  
les trae el blanco amigo, a quien fiestas y guiños  
hacen festivamente pastoras y pastores  
en la paz de los prados tapizados de flores.

Como hecho de neblinas, va corriendo ligero,  
entre las ramas límpidas que bordan el sendero.  
O a veces, alejado de todo alegre afán,

bajo las arboledas cercanas a la huerta,  
reclínase en la madre con dulzura inexperta.  
Y evoca que hace siglos lo acarició San Juan.

## EL ASNO

Frente al establo aguarda ceremoniosamente,  
con gravedad ascética y con tristeza huraña.  
Pensativo y peludo, el cielo y la campaña  
no turban, ni interrumpen su quietud trascendente.

Del anca a las orejas, la luz solar lo baña.  
Parece adormecido en una hartura extraña  
ahora que está solo... En cambio es diligente  
cuando en su manso lomo trepa la humilde gente.

La siesta lo entumece en un íntimo halago.  
Entre las arboledas, al perpetuarse un vago  
rumor de floraciones brota la poesía.

El asno ni se entera... Y en su calma profunda,  
mueve contra las moscas, testa meditabunda.  
Si os acercáis, os dice: soy la sabiduría.

*Pasa una vaca de actitudes tiernas  
en cuya ubre triunfa todo el llano,  
la ubre, de tan ancha, abre las piernas  
del animal que avanza con desgano.*

E. O.

Paseando su evangélica estampa por los llanos  
exhibe una inocente mansedumbre de asceta ;  
con su imagen y el árbol de la llanura quieta,  
forjo una evocación de versos virgilianos.

Casi rozando el pasto la sonrosada teta  
viene la vaca enorme de la ubre repleta.  
Graves, sus pasos turban con ritmos soberanos  
los agrestes y serios silencios rusticanos.

Y en esa norma buena, va perezosamente  
hacia el establo en donde se ha llenado el ambiente  
de una pausa de campo y de siestas profundas.

Hasta que una muchacha de miradas serenas,  
le extrae, mientras la espuma cae de las jarras llenas,  
la blanca maravilla de las ubres fecundas.

A los bosques de América, yo canto. A los jardines  
de grandes primaveras sin órbita. Arboledas  
del Amazonas, vastos y herméticos confines  
del trópico abrazante en donde duermen quedas

los boas y serpientes: las peligrosas sedas...  
Bajo pampeanos cielos, ombúes tan afines  
con el alma del gaucho, ásperas alamedas  
del Paraguay, en donde litúrgicos maitines

celebraran antaño jesuitas en misiones.  
Árboles de la América! De todas las regiones  
libres! Del Ecuador, del Plata o Yucatán.

Ved los hombres, que vienen por vuestra savia fuerte.  
Buscando vuestro orgullo vencedor de la muerte,  
plebes en migraciones. ¡ Toda la grey de Adán!



V

## La Leyenda de las Amazonas

### *EPISODIO DE LA CONQUISTA*

*El asunto tratado en este poema es rigurosamente histórico y se desarrolló en las épocas de la Conquista española. Hernando de Ribera pertenecía a la expedición del Adelantado Alvar Núñez Cabeza de Vaca y se separó de dicho conquistador cuando éste atravesó el Brasil, siguiendo hacia el Norte, en busca del Imperio de las Amazonas, de acuerdo con las indicaciones de los indios del país. Año de 1541.*

«... y los dichos indios, en conformidad, sin discrepar, le dijeron que a diez jornadas de allí, a la banda del oesnorueste, habitaban y tenían muy grandes pueblos unas mujeres, que tenían mucho metal blanco y amarillo, y que los asientos y armas de sus casas eran todos del dicho metal y tenían por su principal una mujer de la misma generación, y que es gente de guerra y temida de la generación de los indios... etc.»  
Fragmento de la Relación de

HERNANDO DE RIBERA

Firmada en Asunción el 3 de Marzo de 1545.

## DEDICATORIA

A la memoria de

Francisco González Paniagua,

Sebastián de Valdivieso,

Juan de Hocés,

Gaspar de Hortigosa,

y Pedro Hernández (escribano),

conquistadores, testigos y acompañantes, que firmaron solidariamente la relación de Hernando de Ribera.

## LA REVELACION

Al Brasil, Alvar Núñez llegó de las Españas,  
con tropa de magnates, nobles y aventureros,  
y por tierra a Asunción marcharon los iberos:  
más de trescientas leguas de profundas marañas.

Durante aquella marcha por ríos y montañas,  
cayeron varios indios en lucha prisioneros,  
pero antes de ultimarlos, buscaron los guerreros,  
escuchar narraciones de gentes tan extrañas.

Un cacique, con verba dúctil y lastimera,  
solicitó a Alvar Núñez, como gracia postrera,  
el describir los sitios de oro más colmados.

Talvez mintió el indígena con cálculo egoísta,  
mas los conquistadores, oyeron, admirados,  
la leyenda más bella de toda la Conquista.

## HABLAN LOS INDIOS

Brota del alma indígena el áureo espejismo.  
 Los taumaturgos labios, en un salvaje coro,  
 describen la leyenda, con un gran simbolismo,  
 que defiende al imperio metálico y sonoro.

El español, de pronto, se repliega en sí mismo :  
 — « ¡Glorias, — triunfos, imperios, vírgenes, plata y oro » . —  
 Y los indios, de nuevo, con inculto optimismo,  
 repiten la epopeya del imperial tesoro.

Hernando de Ribera y su falange escuchan ;  
 — Oid, amigos ! — Lejos, — las amazonas luchan . . .  
 Entre un deslumbramiento de sangre y de tragedia

defienden la pureza de sus virginidades. — »  
 Los hidalgos se miran. Hacia las soledades  
 se van . . . Tu libro heroico, reabres, oh, Edad Media.

## ESPAÑA

Ya en las postrimerías de la Edad Media, España  
 empuja las herméticas tinieblas de los mares ;  
 y engendra caballeros de ardientes batallares  
 que ensanchan con espada y cruz, la onda huraña.

Dura y fecunda madre ! De tu encendida entraña,  
 surgieron virreinos, tesoros a millares,  
 y leyendas fantásticas fueron a tus hogares :  
 mitos de mar, de llano, o de andina montaña.

Diáfanas en el agua, aún brillan las estelas  
 bruñidas que trazaran las firmes carabelas  
 que a Colón, tu piloto, cediste vacilante.

Caminos en los tiempos para unir tu hidalguía  
 ancestral con la gracia, la fuerza y la armonía  
 de estas tierras, imperios de la Amazona errante.

## LA MARCHA EN LA SELVA

Aumentan y se extienden bosques en los estuarios,  
tal como si la vida, sobre la vastedad  
del trópico, grabara con rasgos milenarios  
Fecundidad, Fecundidad, Fecundidad!

La selva engendra aéreos mundos imaginarios,  
sobre las floraciones de oscura majestad  
y ofrece a los hidalgos, tras los verdes sudarios  
el formidable enigma de la virginidad.

La horda de aventuras, ávida de riquezas,  
entre la podredumbre de bosques y malezas,  
se pierde, fascinada por subyugantes crímenes...

Y avanza! Y en las noches de la selva infinita,  
sueña bárbaramente, la falange inaudita,  
con el desfloramiento de los sagrados himenes.

## VISIÓN NOCTURNA

La aurora, un paraíso vasto de primaveras,  
abría a los hidalgos; oro y luz los paisajes;  
creaba la esperanza utópicos mirajes  
en las almas, y orientes soñaban las palmeras...

Mas bajo aquel prodigio de marañas severas,  
los acechaba, oculto tras los densos follajes,  
el terciopelo trágico de los boas salvajes  
o el zarpazo seguro de las nativas fieras.

En los limos calientes del charco interminable,  
sus piernas, se perdían con un temblor inestable;  
después, sobre la asfixia de las húmedas tierras,

por la noche, elevaban sus fuegos sobre ramas,  
mientras las Amazonas encendían las llamas  
guerreras, en la cumbre de las remotas sierras.

## LA LUCHA BÁRBARA

Bajo la paz angusta del olvido, la vida  
se recoge en el pliegue de un insomnio profundo  
y en su mutismo hermético se extiende defendida  
por los siglos la ubérrima flora del nuevo mundo.

Entre harapos, prosigue su marcha, la perdida  
caravana de hesperios, bajo el palio rotundo  
de la esmeralda urdimbre tropical conmovida  
por las savias que ascienden con ímpetu fecundo.

Torrentes en las islas; más lejos las cascadas.  
Entre pavores súbitos miles de aves rosadas  
vuelan. Oíd las hachas en los rudos aprontes...

Es el mito herculeano que se anuncia en combate,  
sobre la dicha cósmica de la selva en que late  
oculto el corazón de los indianos montes.

## EL PRODIGIO NATIVO

Pero, nunca llegaban... Calores abrasantes  
herían el orgullo y el íntimo decoro  
de los conquistadores del bárbaro tesoro  
hundido entre horizontes cada vez más distantes.

Diezmábanlos las fiebres. Tardos y jadeantes  
miraban levantarse bajo el cielo sonoro,  
el sol, como ascendente atalaya de oro  
resguardando el imperio de las hembras triunfantes.

Muchas veces subían tras caminar ansioso,  
buscando orientaciones, sobre un árbol frondoso,  
o encima de algún cerro parábanse suspensos.

Pero sólo abarcaban con el ojo febril,  
el curso interminable de los ríos inmensos  
y los bosques fantásticos y eternos del Brasil.

## HERNANDO DE RIBERA

Moldeado en grandes hechos y en calcinada arcilla  
de epopeyas, soñaba con las tierras lucientes  
de conquista, y en hondas obsesiones crecientes  
seguida siempre alerta su estirpe sin mancilla.

Recordaba en sus fiebres, la anterior maravilla  
de las guerras hispanas contra flamencas gentes;  
o pensaba en las vírgenes de ojos negros y ardientes,  
de las citas nocturnas de Córdoba o Sevilla.

Envuelto en el misterio pánico de la vida,  
escuchaba Ribera en la noche adormida,  
el rumor de las selvas como un salvaje augur.

Y cuando hallaban tierras libres, el castellano  
se dormía, rendido sobre el extenso llano,  
con los brazos abiertos hacia la Cruz del Sur.

## SUEÑA EL CONQUISTADOR

Un rumor de tormentas escuchase distante  
bajo la clara aurora del trópico. Ya empieza  
la carrera en intrépidos milagros de destreza  
y avanza, engalanada de púrpura, al levante.

Viene el tropel unánime con furia resonante.  
Paso a las Amazonas de aligera belleza!  
En sus gestos de orgullo, levantan la cabeza  
sobre las perfecciones del cuello de diamante.

Los bustos estatuarios, de contornos morenos,  
defienden el binomio marmóreo de los senos  
con una lanza fúlgida pronta para el castigo.

Y al viento de los bosques flotan las cabelleras,  
o caen en las ánforas tibias de las caderas.  
arrastrando enervantes cantáridas consigo.

## LA DERROTA DE LAS AMAZONAS

De un lado y otro lado se aprestan al combate.  
Dios indígena, el río tentacular murmura  
voz de piedras y aguas, mientras en la espesura  
la sangre, en sacrificio, marca un ritmo granate.

Los potros se abalanzan, sintiendo al acicate  
de las airadas hembras que tiemblan de bravura.  
Llega el instante bárbaro donde el valor fulgura;  
llama heroica en el busto magnífico que embate.

El choque fué sangriento. Agitando las bridas,  
a impulsos del espanto, se escapan las vencidas  
o dejan, en rehenes, cuerpos semidesnudos.

En tanto que anunciados de un estrépito enorme,  
surgen los vencedores, sobre el tropel informe  
de vírgenes que esgrimen primitivos escudos.

## EL DESPERTAR DE RIBERA

Cuando las floraciones volvieron a ceñirse  
sus matinales pompas, él oteaba el misterio...  
Pues fué en la marcha épica, hacia el lejano imperio,  
el primero en el aura y el último en dormirse.

Pero ardua fué la prueba! Después de confundirse  
su alma con la angustia, evidenció el hesperio  
una inquietud punzante, y en su semblante serio  
y magro, ya la duda comenzó a definirse.

Hasta que en una tarde, con la melancolía  
y el dolor, de que falsa fuese la profecía  
de los indios, atónito de dudas meditó...

Y al ver que lo esquivaba, huyendo, la quimera,  
como Cortés en Méjico, Hernando de Ribera  
se apoyó sobre el tronco de un árbol, y lloró.

## LO IMPOSIBLE

... Y seguirán las reinas potentes de los llanos  
su límpida y sonora carrera vigilante,  
mostrando con los bronces de sus pechos lozanos  
la desnudez del virgen cuerpo beligerante.

... Y seguirán las reinas los triunfos soberanos,  
nimbadas de leyenda, bajo la alucinante  
perfección del misterio. No podrán los humanos,  
desflorar las fronteras de su imperio triunfante.

Los hidalgos regresan... En las selvas ignotas  
pudo más el zarpazo fatal de las derrotas.  
Entre la pesadumbre de sus gestos escuálidos,

a modo de una honda cicatriz de la suerte,  
está el rictus de fiebre, de ansiedad y de muerte  
que dibujó el Deseo sobre sus rostros pálidos.



## Indice

## INDICE

	Página
Poesías de Emilio Oribe .....	2
Palabras.....	3
<b>I. REMANSOS EN LA SOLEDAD .....</b>	<b>5</b>
Con grandes amatistas las ovas glicinas .....	7
I — La tarde ya se esfuma. La última armonía.....	9
II — Dormita en las acacias un gran éxtasis blanco .....	10
III — El corazón, lejano de ti, busca sus islas.....	11
IV — Hay un dulzor de sombras con sollozos lejanos .....	12
V — El dolor agobiante, como ajustadas mitras.. ..	13
VI — En la noche, tu alma, bajo un temblor de mantos .....	14
VII — Me circunda el recuerdo como la niebla opoca.....	15
VIII — Fluye la primavera. Las verdes lejanías .....	16
IX — Llegó a mí tu mirada, Tus pupilas volcaron .....	17
X — Por entre la penumbra grisácea de la niebla .....	18
XI — Se agitan mis pasiones, en las horas nocturnas .....	19
XII — La luna, en aclarado creciente de pureza .....	20
XIII — Buscando la belleza en la fuente Hipersene .....	21
XIV — Una mujer de niebla se reclinó en mi brazo .....	22
XV — Dios: mi corazón se recoge en los pliegues .....	23
XVI — El creciente dorado de la luna es la barca.....	24
XVII — Hacia mí te adelantas, segura, en la belleza.....	25
XVIII — Mirad: el mercader que ha venido de Smirna.....	26
XIX — Campo de sol, Camino abierto. Frescas rosas.....	27
XX — Se desliza en mis venas el claror de la luna.....	28

	Página
II. LOS VASOS DEL MILAGRO .....	29
Cuando en mi ser estaban derramando , , , .....	31
Bajo una luz de almendros florecidos .....	32
Artífice tenaz, cincelo gemas .....	33
Tu palabra exaltábase en la queda .....	34
Voy caminando por la senda holgada .....	35
La Soledad se duerme en los jardines .....	36
Bajo la noble soledad beata .....	37
Entre aromas en flor duerme la aldea .....	38
De la vida la múltiple hermosura .....	39
La honda confidencia del bosque .....	40
Plata fluída en los líquidos caudales .....	41
Oh, finas llamas de fulgor votivo .....	42
Bajo dulces inciensos tutelares .....	43
En la antigua humedad de las glorietas .....	44
Tus ojos pardos a mis ojos rigen .....	45
Me siento enfermo y solitario vivo .....	46
Estoy solo, olvidado, en la suprema .....	47
Tú guiarás nuestros pasos inexpertos .....	48
En mi reino interior guardo una urna .....	49
El Invierno otra vez. En la firmeza .....	50
Abrimos la ventana hacia la hueca .....	51
Mostró la escalinata, el inviolado .....	52
La inmensidad sobre aquel mar oscuro .....	53
La bruma va ascendiendo . , . La temprana .....	54
Tarde abundosa de estivales mieles .....	55
En la calle desierta va la brisa .....	56
Sollozan las campanas monacales , , , .....	57
Errante una muchacha campesina .....	58
En la seda nocturna hubo un contraste .....	59
El cielo, entre sus clámides doradas .....	60
El rosal interior bajo la nieve .....	61
Llueve. La bruma de la sierra avanza .....	62
Tus ojos me aprisionan cuando pienso .....	63

	Página
Con su carga de luces marcha el río .....	64
Hasta mi cuarto ascienden los rumores' .....	65
Una fragancia rústica de espliego .....	66
Es que soy de otras épocas .....	67
En esta paz que es luz de los jardines .....	68
Bajo la gruta de tu cabellera .....	69
Quiero evocar la música perdida .....	70
Pálido, entre la vaga opalescencia .....	71
Lisonjas de un dorado paraíso .....	72
No intentes descifrar porque me rigen .....	73
Ciudades de púrpura y de raso .....	74
Astros, tuve en el alma .....	75
Hacia ti van mis barcos a millares .....	76
III. ODA GRIEGA A ISADORA DUNCAN .....	77
IV. IMÁGENES DE AMÉRICA DEL SUR .....	85
La Victoria de Samotracia .....	87
Pinares Andinos .....	88
La Visión de Sebastián Delcano .....	89
Los Centauros .....	90
Conquistadores de estos países .....	91
Los Indios Charrúas .....	92
El domador .....	93
El nadador .....	94
El hondero .....	95
La majada .....	96
El carnero .....	97
El buey .....	98
El toro Hereford .....	99
El cordero .....	100
El asno .....	101
La Vaca .....	102
Selvas de América .....	103

V. LA LEYENDA DE LAS AMAZONAS.....	105
Dedicatoria .....	107
I — La Revelación .....	109
II — Hablan los indios .....	110
III — España .....	111
IV — La marcha en la selva .....	112
V — Visión nocturna .....	113
VI — La lucha bárbara .....	114
VII — El prodigio nativo .....	115
VIII — Hernando Ribera .....	116
IX — Sueña el conquistador .....	117
X — La derrota de las Amazonas .....	118
XI — El despertar de Ribera .....	119
XII — Lo imposible .....	120

Años 1912 - 1915.

Montevideo.

